

La Comédiathèque

CUARENTENA

Jean-Pierre Martinez



comediatheque.net

**Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita,
requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de
autor. Solicitar autorización:
<https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/>**

Cuarentena

Jean-Pierre Martinez

Cuatro personas que no se conocen se ven sometidas, contra su voluntad, a una cuarentena en lo que resulta ser un teatro abandonado. Tras un cristal imaginario, el público los observa. Los presuntos enfermos se preguntan: ¿con qué virus pueden haberse contagiado? ¿A qué riesgos se enfrentan exactamente? ¿Cuándo y cómo acabará todo esto? Poco a poco comprendemos que este encierro transcurre en un futuro próximo en el que el Gran Hermano lo controla todo y que el motivo de la cuarentena quizá no sea estrictamente médico.

Personajes:

Dom
Pat
Max
Sam/Kim

El sexo de los personajes es indiferente y todos tendrán un aspecto unisex, incluso uniforme. Los intérpretes podrán cambiar de papel durante la representación, ya que cada personaje se identifica por su vestuario (batas de paciente azules, rosas o verdes, bata blanca de personal sanitario, traje negro de cuello Mao). En esta versión, Dom y Max son hombres, mientras que Pat y Sam/Kim son mujeres.

La Comédiathèque

Acto 1

El escenario puede permanecer vacío, salvo por tres sillas. Dom entra con paso vacilante. Lleva una de esas batas (azules, rosas o verdes) que se ponen a los pacientes en los hospitales. Mira a su alrededor, desconcertado, hasta que descubre, con estupor, la presencia del público y se acerca a observarlo con inquietud. Pat, vestida igual, entra detrás de él.

Pat – Buenos días.

Sobresaltado, Dom da un respingo, se vuelve y descubre a Pat.

Dom – Me ha dado un susto...

Pat – Lo siento... ¿Así que usted también...?

Dom – Sí...

Un momento de incomodidad.

Pat – Nos hemos visto antes, ¿verdad?

Dom – Creo que íbamos en el mismo vagón.

Pat – ¡Coche 13, eso es! No sé si tendrá algo que ver...

Dom – ¿Algo que ver? ¿Con el número 13, quiere decir?

Pat – ¡Con que estemos aquí los dos! Porque íbamos en el mismo vagón...

Dom – No lo sé. La verdad es que no tengo la menor idea de por qué estamos aquí.

Pat – Yo tampoco. No entiendo nada. Al bajar del tren, dos agentes me pidieron que los acompañara...

Dom – ¿Está segura de que eran policías?

Pat – Creo que sí... Llevaban mascarilla. Bueno, una máscara no... De esas que se usan en los hospitales, quiero decir. Me hicieron subir a una ambulancia y...

Dom – ¿Una ambulancia, está segura? Porque, si eran policías...

Pat – Digamos... una furgoneta, entonces.

Dom – Una furgoneta policial medicalizada.

Pat – Eso es... Me trajeron hasta aquí y... me dijeron que esperara. ¿Y a usted?

Dom – Lo mismo... O sea, que tampoco le dieron explicaciones.

Pat – Me dijeron que esperara.

Dom – Y... ¿no oyó nada más?

Pat – No... *(Pausa)* Creo que alguien mencionó la palabra cuarentena.

Dom – Ah, ¿sí...?

Pat – ¿Usted también la oyó?

Dom – No exactamente...

Pat – Es lo más probable, ¿no?

Dom – Una cuarentena, sí... ¿Qué otra cosa podría ser?

Pat – Eso explicaría las mascarillas.

Dom – Sí... Y ahora, ¿qué hacemos?

Pat – Esperar... Es lo que nos dijeron, ¿no? Que esperaríamos.

Una pausa.

Dom – Una cuarentena... Como de verdad dure cuarenta días... Espero que nos den alguna explicación antes.

Pat – Se llama cuarentena, pero... no tiene por qué durar tanto. Depende de la enfermedad.

Dom – ¿Cree que se trata de una enfermedad?

Pat – ¿De qué otra cosa? Si nos han puesto en cuarentena...

Dom – Sí... Tiene que ser un virus.

Pat – Muy contagioso, supongo.

Dom – Sí... Seguramente.

Pat – Yo no tengo ningún síntoma. ¿Y usted?

Dom – No, yo tampoco.

Pat – Aunque... Eso no significa que no estemos enfermos. Depende del periodo de incubación.

Dom – ¿Es usted médica?

Pat – Ordenadora.

Dom – ¿Ordenadora?

Pat – Antes se decía informática, creo.

Dom – Ah, claro... Así que de virus sabe bastante...

Pat – Sobre todo, tengo tres hijos... ¿Y usted?

Dom – Yo no tengo hijos.

Pat – No, quería decir... Usted tampoco es médico.

Dom – Soy formador.

Pat – Formador...

Dom – Antes se decía profesor, creo. Mañana se dirá... domador, quizá.

Pat – Ya veo...

Dom – ¿Ah, sí? ¿Y qué ve?

Pat – No, quiero decir... Que usted sabe todavía menos de virus que yo...

Una pausa.

Dom – Entonces, ¿el periodo de incubación depende del virus?

Pat – Exacto... A veces los primeros síntomas aparecen una semana después del contagio. Otras veces antes, otras después.

Dom – Para no ser médica, parece saber muchísimo sobre la propagación de las epidemias...

Pat – Ya se lo he dicho, tengo tres hijos. Cuando uno se pone enfermo, casi siempre caen los otros dos unos días después.

Dom – ¡Pero nosotros no estamos enfermos!

Pat – Uno puede ser contagioso mucho antes de sentirse enfermo.

Dom – Sí... Si de verdad somos portadores del virus.

Pat – De ahí la cuarentena, probablemente... Pero supongo que nos lo explicarán.

Dom – Sí, supongo...

Entra Max, vestido como ellos.

Dom – Ah... Cuantos más locos...

Pat – ¿Cuantos más locos...?

Dom – Es un dicho de antes... Cuantos más locos... No, nada...

Pat – A lo mejor este señor puede aclararnos algo.

Max, visiblemente desorientado, se acerca al público.

Dom – Yo no apostaría por ello. No tiene muy buena pinta.

Pat – Buenos días.

Max – Ah, buenos días... Yo... Yo también acabo de llegar...

Dom – ¿Cómo sabe que acabamos de llegar?

Max – ¿Perdón?

Dom – Ha dicho: «Yo también acabo de llegar». ¿Cómo sabe que acabamos de llegar? Podríamos llevar semanas aquí...

Max – ¿Llevan aquí varias semanas?

Pat – Acabamos de llegar.

Max – Ah... Como yo, entonces... Pues eso es lo que decía.

Pat – Sí...

Max – Y... ¿saben por qué estamos aquí?

Dom – Esperábamos que usted nos lo dijera...

Max – No lo sé... Me agarraron al bajar del tren, sin darme ninguna explicación. Como si yo no tuviera nada mejor que hacer.

Pat – Ya somos dos... Mis tres hijos me esperan en casa. Por no hablar de mi marido. ¿Y usted?

Max – No estoy casado. Solo había ido al sur a visitar a mi madre al hospital.

Dom – ¿También está enferma?

Max – Se ha roto el cuello del fémur.

Pat – Eso, por lo menos, no es contagioso...

Max – Ya, pero ¿quién me paga a mí? Tengo que acabar dos obras antes de que termine la semana...

Pat – Tal vez nos indemnicen. ¿Es usted autónomo?

Max – Soy fontanero.

Dom – Y pensar que cuando uno necesita uno, nunca aparece...

Max – ¿Perdón?

Dom – No, nada...

Pat – Fontanero... Me suena esa palabra, pero no recuerdo exactamente qué significa.

Dom – Ahora se dice reparador.

Pat – Ah, sí...

Dom – El señor es un reparador especializado. Repara tuberías, conductos, grifos... Fontanero, como se decía antes.

Max – Eso es.

Dom – O sea, que tampoco sabe por qué nos han encerrado aquí.

Pat – ¿Cree que estamos encerrados?

Dom – Encerrados o no, si estamos en cuarentena, no podemos salir, ¿no?

Max – ¿Entonces cree que estamos en cuarentena?

Dom – Según esta señora, que es una gran especialista, llevamos un virus y somos contagiosos. Por eso nos han aislado.

Max – ¿Un virus? ¿Qué virus?

Pat – Pues... Seguramente uno desconocido. Si no, ya existirían vacunas y no nos habrían puesto en cuarentena.

Max – Vale... Pero ¿por qué nosotros? ¿Lo sabe?

Pat – Debemos de haber estado en contacto, sin saberlo, con una persona enferma... ¿Decía que había ido a ver a su madre al hospital?

Max – ¡Por una fractura!

Pat – Sí... Pero los hospitales están llenos de virus, ¿no? Todo el mundo lo sabe...

Max – Ahora va a resultar que la culpa es mía...

Dom – No se altere, hombre. Nadie le está echando la culpa.

Pat – Además, si vamos a pasar aquí encerrados varias semanas, será mejor que nos mantengamos unidos.

Max – ¿Cree que van a retenernos aquí durante semanas?

Pat – No lo sabemos. De momento, no sabemos nada.

Una pausa.

Max – Y usted, ¿cómo está?

Pat – Bien... Preferiría haber podido volver directamente a casa con mi marido y mis hijos, pero bueno...

Max – No, eso me da igual. Quiero decir... ¿Se encuentra enferma?

Pat (*ofendida*) – De momento, no.

Max – ¿Y usted?

Dom – Bien. Pero... gracias por preocuparse por mi salud.

Max – Yo tampoco, yo... Estoy como una rosa.

Dom – Qué bien, qué bien... Nos alegramos por usted...

Max vuelve a mirar a su alrededor.

Max – ¿Saben dónde estamos exactamente?

Dom – No... No se veía nada desde el furgón funerario en el que nos trajeron. Llevaba las persianas bajadas.

Max – ¿Un furgón funerario, está seguro?

Dom – ¿He dicho eso? No, quería decir sanitario, por supuesto.

Pat – El trayecto duró apenas un cuarto de hora. No debemos de estar muy lejos de la estación...

Max – Ya... Pero esto no es un hospital.

Pat – No... Pero, como de momento no estamos enfermos...

Max – Qué raro... ¿Qué sitio es este...? (*Da una vuelta por el escenario y se queda paralizado al descubrir a los espectadores.*) ¿Y esos quiénes son?

Pat – ¿Esos? ¿Quiénes?

Max (*señalando al público*) – ¡Esos!

Pat se adelanta entornando los ojos.

Pat – No veo nada... Con estas luces... Me deslumbran...

Max – ¡Ahí! ¡Toda esa gente que nos mira!

Pat (*al ver al público*) – No... Pero ¿qué es esto...? (*A Dom*) ¿Los ha visto?

Dom – Sí... Fue lo primero que vi al entrar.

Pat – ¡Podría habérmelo dicho!

Dom – ¿El qué?

Pat – ¡Que nos estaban mirando! ¡Que nos estaban escuchando!

Dom – Se me ha pasado... ¿Qué habría cambiado? No hemos hecho nada malo, ¿no? Ni hemos dicho nada malo...

Pat – Eso espero...

Max – Yo no he dicho absolutamente nada.

Pat – Es una pesadilla...

Max – ¿Creen que pueden oírnos?

Dom – Yo diría que están aquí precisamente para eso.

Max – ¿Para escucharnos?

Pat – Para observarnos, en cualquier caso. Puesto que estamos en observación. Para ver cómo evoluciona la enfermedad...

Max – Qué curioso. Nosotros no los oímos.

Dom – A lo mejor es porque no dicen nada.

Pat – O están detrás de un cristal.

Max – ¿Un cristal?

Pat – Como en una sala de interrogatorios, ¿saben?... (*Entorna los ojos, deslumbrada por los focos.*) Y con esas luces apuntándonos directamente a los ojos...

Dom – Nunca he estado en una sala de interrogatorios. Por lo menos, hasta hoy.

Pat – Pero ya sabe cómo son. Desde el lado bueno del cristal, uno puede ver a los demás sin que ellos lo vean.

Max – ¿A los demás?

Pat – ¡A los sospechosos!

Max – Sí, pero aquí podemos verlos.

Dom – De una cosa estoy seguro: si algún día acabo en una sala de interrogatorios, no estaré en el lado bueno.

Max – ¿El lado bueno...? ¿Y cuál es, según usted?

Dom – ¡El lado bueno del cristal! Desde el que se ve sin que te vean...

Max – Entonces, según usted, van a interrogarlos a ellos... y nosotros estamos aquí para mirar.

Pat – Tiene razón, no tiene sentido. Nosotros no somos policías...

Dom – Eso dice usted...

Pat – ¿Perdón?

Dom – Parece que también sabe mucho de salas de interrogatorios...

Pat – ¿Qué está insinuando?

Dom – No sé... Sabe casi todo sobre los virus... Sabe cómo es una sala de interrogatorios. ¿No la habrán enviado ellos?

Pat – ¿Ellos? No entiendo...

Max – Podría ser una infiltrada. Creo que eso es lo que está insinuando este señor. Una espía, para entendernos...

Pat – Yo creo que nos estamos volviendo todos locos. Esa gente debe de ser personal médico. Están aquí para observar la evolución de nuestra enfermedad sin correr el riesgo de contagiarse.

Max – Podemos hacer como si no estuvieran ahí.

Dom – Eso es. Haremos como si nada... Como si no fuéramos cobayas en un laboratorio, vigilados día y noche por un centenar de especialistas que esperan averiguar cuánto tardaremos en morir y de qué manera...

Entra Sam, vestida igual que los demás, por detrás de ellos.

Sam – Buenos días...

Pat – Quizá esta señora pueda decirnos algo... Buenos días, señora, ¿es usted médica?

Sam – Soy informadora.

Pat – ¿Informadora?

Dom – Antes se decía periodista, creo.

Max – Ah... Entonces es como nosotros.

Sam – ¿Son todos ustedes informadores?

Max – No... Quiero decir que está como nosotros... Que no sabe por qué nos han traído aquí.

Sam – Lo siento, no tengo ni idea. Nada más bajar del tren...

Dom – Sí, bueno, ya, eso lo sabemos...

Sam – Le estoy contestando... Si ya lo saben, ¿para qué preguntan?

Max – ¡Pero si no sabemos nada, se lo acabamos de decir!

Sam – Tampoco hace falta ponerse así.

Max – Perdona, tiene razón.

Sam – Pues eso, me bajaba del tren y... unos policías me trajeron aquí. No tengo más información. No sé en absoluto por qué nos han detenido.

Dom – ¿Le dijeron que estaba detenida?

Sam – No, no expresamente, pero...

Pat – Yo más bien oí la palabra cuarentena. Al menos, eso entendí.

Sam – Igual se referían a su edad...

Dom – Pues estamos apañados...

Sam – Si nos han puesto bajo custodia, por algo será.

Dom – Ah, ¿ahora estamos bajo custodia policial?

Sam – Perdona... Quería decir en observación...

Pat baja la voz y señala discretamente al público.

Pat – O sea, que usted tampoco sabe quiénes son todos esos que nos miran...

Sam repara en los espectadores, pero no se muestra sorprendida.

Sam – No...

Max – ¿Así que usted también venía en ese tren?

Sam – Coche 13. Asiento 40. ¿Y ustedes?

Pat – 42.

Max – 41.

Dom – 43.

Sam – Entonces estábamos sentados unos al lado de otros.

Pat – O unos enfrente de otros.

Sam – Eso explicaría que nos haya contagiado la misma persona... Pero ¿quién?

Sam mira con suspicacia a los otros tres. Desconcierto general.

Pat – Menuda pinta tenemos con estas batas. Parece que estamos en un manicomio...

Max – Pero la locura no es contagiosa... ¿O sí?

Sam – En cualquier caso, será mejor evitar el contacto físico.

Dom – Ah, ¿porque tenía intención de...?

Pat – Y evitemos toser. O al menos tapémonos la boca con la mano.

Dom – Entonces, ¿por qué no nos han dado mascarillas? Si somos contagiosos.

Pat – Supongo que entre nosotros ya no hace falta. Si estamos todos condenados...

Sam – ¿Condenados?

Pat – Perdón, quería decir contagiados.

Max – Entonces tampoco sirve de nada taparse la boca al toser.

Dom – Y también podemos tocarnos, ¿no?

Sam – Antes podríamos presentarnos, por lo menos. *(Le tiende la mano a Dom.)*
Sam.

Tras vacilar un instante, Dom estrecha la mano que Sam le ofrece.

Dom – Dom.

Hacen lo mismo con los otros dos.

Pat – Pat.

Max – Max.

Los cuatro se dan la mano con cierta aprensión. De pronto, se oye un chisporroteo en el altavoz, seguido de una voz en off.

Voz – Buenos días a todos. ¿Nos oyen?

Un momento de desconcierto.

Sam – Afirmativo. Los recibimos cinco sobre cinco.

Dom – Bueno, digamos cuatro sobre cinco.

Voz – En primer lugar, les pedimos disculpas por todas estas molestias, que la crisis a la que nos enfrentamos ha hecho, lamentablemente, necesarias. Hemos tenido que actuar con urgencia y no hemos tenido tiempo de explicarles con claridad los motivos de su detención... Quiero decir, de su retención en este centro de confinamiento, para evitar cualquier contacto con el exterior...

Pat – ¿Y podemos saber ahora en qué consiste exactamente esta crisis sanitaria?

Voz – Es un poco difícil explicarlo por un altavoz. Pero no se preocupen. Pronto iremos a verlos. Mientras tanto, nos ocuparemos de que no les falte de nada. En la entrada tienen una nevera y armarios bien provistos para que puedan comer. También hay una puerta que da a un pasillo con habitaciones, cada una con su cuarto de baño y su minibar. Es todo bastante sencillo, pero verán que hay cuanto necesitan...

Dom – ¿Todo lo necesario?

Voz – Hasta hay un fútbol.

Max – ¿Podrían decirnos al menos cuánto va a durar todo esto?

Pat – Mi marido y mis hijos me esperan en casa. Bueno, sobre todo mis hijos...

Voz – Tranquilos. Ya hemos avisado a sus familias, sus empleadores o sus clientes. Que disfruten de su estancia con nosotros y hasta muy pronto.

Se oye otro chasquido y vuelve el silencio.

Pat – ¿Que disfrutemos de nuestra estancia?

Dom – Pues ya está... Eso es todo... Solo nos queda callarnos y esperar...

Sam – Es increíble...

Estupefacción general.

Pat – Voy a llamar a mi marido. Al menos para avisarlo. (*Saca el móvil.*) Y quizá fuera sepan algo más... (*Pulsa una tecla y se queda helada.*) No tengo cobertura... ¿Y ustedes?

Dom saca su móvil.

Dom – Yo tampoco.

Sam – Deben de tener un inhibidor de señal...

Max – ¿Pero por qué?

Todos se miran, perplejos.

Pat – Así que de verdad nos han aislado del mundo...

Dom – ¿Qué hacemos?

Sam – ¿Y qué quiere que hagamos?

Una pausa.

Max – Pues comer.

Dom – ¿Perdón?

Max – Nos han dicho dónde está la comida.

Dom – O sea, nos tienen secuestrados aquí sin saber por qué, sin poder comunicarnos con nadie fuera, ¿y este solo piensa en comer...?

Max – ¿Tiene una idea mejor?

Dom – No...

Max – Pues hagan lo que quieran, pero yo me muero de hambre...

Sale. Los otros tres se miran.

Sam – La verdad es que yo también tengo un poco de hambre...

Sam sale.

Dom – ¿Usted qué opina?

Pat – Después de todo... Tampoco conseguiríamos nada dejándonos morir de hambre.

Ella sale. Tras vacilar un momento, él la sigue.

Oscuro.

Acto 2

Vuelve la luz al escenario. Dom y Pat van de un lado a otro, como leones enjaulados. Max los observa tranquilamente mientras se come una porción de pizza.

Pat – ¿Antes no éramos cuatro?

Dom – Sí...

Pat – La cuarta ha desaparecido...

Dom – ¿Cómo se llamaba?

Max – Kim.

Pat – ¿Kim?

Dom – Sam, creo.

Max – Sam, eso...

Dom – ¿Qué habrán hecho con ella?

Max – A lo mejor la han soltado.

Pat – ¿La habrán soltado? ¿Y por qué a nosotros no?

Dom – O a lo mejor está muerta...

Pat – ¿Muerta? Quiere decir... ¿por esa enfermedad?

Dom – No lo sé. *(A Max)* ¿Usted qué cree?

Max – Sí, puede que esté muerta.

Pat – Veo que a usted eso no le quita el apetito...

Una pausa.

Dom – ¿Cuánto tiempo llevamos aquí?

Pat – Yo diría que una semana, ¿no?

Max – Siete días exactos.

Pat – Pues eso estaba diciendo... Una semana. Me parece que me estoy volviendo loca.

Dom – Y yo.

Pat – Locos de atar, todavía no. Pero encerrados, desde luego.

Max – De todas formas, nos dijeron que nos quedáramos aquí.

Dom – ¿Nos dijeron? ¿Quién?

Max – La Autoridad. Bueno, las autoridades sanitarias. Lo dijeron por el altavoz. ¿No lo oyó?

Pat – Solo era una voz anónima que salía de un altavoz...

Dom – Es verdad. ¿Qué sabemos nosotros? Igual nos han secuestrado...

Max – ¿Unos policías?

Pat – Puede que fueran policías falsos. Llevaban la cara tapada...

Max – ¿Y para qué iban a secuestrarnos?

Dom – ¿Para pedir un rescate por nosotros? Yo no tengo familia... Y supongo que ustedes tampoco serán millonarios.

Pat – Yo solo tengo mi piso, que seguirá siendo del banco hasta que termine de pagar la hipoteca dentro de cincuenta años. No creo que al banco le interese pagar un rescate por mí... solo para que yo pueda seguir pagando las cuotas.

Dom – Además, nadie ha pedido un rescate.

Max – Que yo sepa, no.

Dom – Nuestros secuestradores debieron de darse cuenta de que no éramos un buen negocio y se largaron. Sin acordarse de soltarnos...

Pat – O puede que sea una toma de rehenes. Una toma de rehenes puede durar muchísimo. A veces, años.

Max – ¿Una toma de rehenes?

Pat – ¿Por qué no? Tienen reivindicaciones y amenazan con matarnos si las autoridades no les dan lo que piden.

Max – Pues entonces lo llevan ustedes claro.

Dom – ¿Ustedes?

Max – No, quiero decir... nosotros. Lo llevamos claro. Hace mucho que las autoridades no ceden al chantaje de los terroristas. Ni siquiera cuando peligra la vida de los rehenes.

Una pausa.

Pat – Creo que empezamos a desvariar... No, esto es una simple cuarentena y nada más.

Dom – ¿Usted cree?

Pat – Es lo que prefiero creer. Para no volverme loca...

Max – Tiene razón. Hay que mirar el lado bueno de las cosas.

Pat – Lo importante es que nadie está enfermo... Si de verdad se trata de una cuarentena, acabarán dejándonos salir...

Max – ¿De qué mal podríamos habernos contagiado?

Dom – Curioso. Ha dicho «de qué mal», no «de qué enfermedad».

Pat – ¿De qué otra cosa se puede contagiar uno, si no es de una enfermedad?

Max – No sé... Lo he dicho sin pensar... ¿Usted qué opina?

Dom – Nada. No opino nada. Y si opinara algo, no se lo diría a usted.

Pat se vuelve hacia los espectadores.

Pat – Y esos siguen ahí...

Max – A lo mejor tampoco pueden largarse.

Pat – ¿Los tienen de rehenes, igual que a nosotros?

Dom – Si pueden irse cuando quieran, no entiendo por qué no se han ido ya.

Max – Sí... Porque aquí tampoco está pasando nada demasiado interesante.

Pat – Parece un programa de telerrealidad. Hasta nosotros vamos a acabar aburriéndonos...

Entra la doctora Kim por detrás de ellos. La interpreta la misma actriz que antes hacía de Sam. Lleva un traje negro de cuello Mao y luce una sonrisa de presentadora de televisión.

Kim – ¡Buenos días, queridos amigos!

Los otros tres se vuelven, sorprendidos.

Pat – Ella no lleva la misma bata que nosotros. Debe de ser médica.

Dom – Qué curioso, su cara me suena...

Pat – Yo también tengo la impresión de haberla visto antes.

Max – A lo mejor nos explica qué hacemos aquí...

Dom – ¡Por fin!

Pat – Buenos días, doctora. ¿Ya podemos marcharnos?

Kim – Todavía no exactamente...

Dom – Podría empezar por decirnos quién es y por qué estamos aquí.

Kim – Soy... su reformadora.

Pat – ¿Reformadora?

Kim – Estoy aquí para ponerlos en forma otra vez.

Pat – Creo que antes a eso se le llamaba inquisidora.

Dom – Y mañana se llamará redentora.

Pat – Pero ¿es usted médica?

Kim – En cualquier caso, soy doctora... Soy la doctora Kim. Y estoy aquí para curarlos.

Dom – ¿Curarnos?

Kim – Digamos... devolverlos al buen camino. Al camino de la curación...

Pat – ¿Y cómo piensa hacerlo?

Kim – Reformateándolos, precisamente. Si todavía es posible...

Pat – O sea, que no tienen vacuna.

Max – Qué tranquilizador...

Pat – Pero vamos a ver... ¿Por qué nos retienen aquí? Ya va siendo hora de que nos lo digan.

Kim – Han estado en contacto con alguien peligroso.

Max – Quiere decir... ¿con alguien portador de un virus peligroso?

Kim – Sí, en cierto modo. Estamos esperando a ver si ustedes también se han contagiado...

Dom – ¡Pero no nos han administrado ningún tratamiento!

Kim – No existe tratamiento.

Dom – ¿Quiere decir que no existe tratamiento médico?

Pat – ¡Pero si no tenemos ningún síntoma!

Kim – Es una afección cuyo periodo de incubación puede ser muy largo.

Dom – Y si de verdad tenemos ese virus, ¿qué van a hacer con nosotros?

Kim – Estamos esperando instrucciones al respecto.

Dom – Me da la impresión de estar hablando con un robot que tuviera el disco duro rayado. ¿Seguro que no es usted la que tiene un virus?

Pat – Lo único seguro es que llevamos una semana encerrados aquí sin poder comunicarnos con nuestras familias...

Dom – ¡Ni siquiera por teléfono!

Pat – Han bloqueado la señal. Los virus no se transmiten por teléfono, ¿verdad?

Kim – Depende de cuáles...

Pat señala al público.

Pat – Y además, ¿quiénes son todos esos que nos observan?

Kim – También son cobayas.

Pat – ¿También? Entonces nosotros sí que somos cobayas.

Kim – Queremos ver cómo reaccionan después de un contacto prolongado con personas gravemente afectadas, como ustedes.

Dom – ¡Pero no tenemos contacto con ellos!

Kim – Sí. Pero ellos los oyen. Y los ven.

Max – Me siento como un hámster en un laboratorio.

Pat – Ojalá al menos nos hubieran puesto una rueda para hacer ejercicio.

Kim – No es un juego, créanme.

Pat – Pero, vamos a ver, ¿qué virus es ese exactamente?

Kim – En realidad... No es exactamente un virus.

Max – ¿Entonces qué es?

Kim – Más bien algo que se transmite por contacto auditivo. O visual. O por ambos. Por imitación, en cierto modo.

Dom – Ah, ahora está todo muchísimo más claro.

Kim – En el coche 13 alguien manifestó, delante de ustedes, un comportamiento inapropiado, desviado y, por tanto, peligroso.

Pat – ¿Qué clase de comportamiento?

Kim – ¿De verdad no lo recuerdan?

Pat – No.

Kim – ¿Ninguno de ustedes?

Dom – No.

Kim – Ya lo veremos. Precisamente los hemos confinado aquí para comprobar que no son contagiosos.

Pat – ¿Contagiosos? ¡Pero acaba de decir que no es un virus!

Kim – Que no sientan la tentación de reproducir esa peligrosa desviación, si lo prefieren. Y que no contagien a otras personas.

Pat – ¿Y cuánto tiempo más van a tenernos aquí hasta estar seguros de que no somos... contagiosos?

Kim – Estamos esperando instrucciones al respecto. De momento, intenten recordar.

Max – ¿Recordar qué?

Kim – Lo que vieron y oyeron en el coche 13. Los dejo reflexionando un poco más...

Pat – Pero...

Kim – Eso es todo por hoy. Queridos amigos, volveremos a vernos pronto. Y, mientras tanto, si necesitan algo, no duden en hacérselo saber.

Pat – ¿Hacérselo saber? ¿Cómo? ¡Estamos encerrados aquí y no tenemos manera de comunicarnos con el exterior! Ni siquiera con el servicio de habitaciones...

Kim – No se preocupen... Pidan y se les dará. Busquen y encontrarán...

Dom – ¿Llaman y se les abrirá?

Kim se marcha.

Pat – Recordar...

Max – ¿Ustedes se acuerdan de algo?

Dom – No... ¿Y usted?

Pat – Yo tampoco...

Dom – Además, aunque recordáramos algo, nadie lo contaría, ¿no?

Max – ¿Y por qué no?

Pat (*señalando al público*) – Le recuerdo que nos están escuchando...

Dom – Eso difícilmente se nos va a olvidar.

Max – Saber que te escuchan... ayuda a evitar comportamientos desviados, ¿no?

Dom – ¿Qué es un comportamiento desviado?

Pat – ¿Desviado respecto a qué?

Max – Eso... No lo sabemos...

Pat – Ya no lo sabemos.

Dom – Seguro que alguna vez lo supimos... pero se nos ha olvidado.

Una pausa.

Max – A mí todo esto me da hambre. ¿A ustedes no?

Max sale.

Pat – Este solo piensa en comer.

Dom – Me pregunto si ese imbécil no estará aquí para vigilarnos.

Pat – Ya nos están vigilando, ¿no?

Dom – Digamos para vigilarnos desde dentro.

Pat – ¿Un espía? Podría ser cualquiera de nosotros.

Dom – Sí... ¿Por qué no yo?

Pat – No creo que usted sea uno de ellos.

Dom – A lo mejor es usted la espía. Y está intentando hacerme hablar.

Pat – Pues en ese caso no me está saliendo muy bien. No dice nada.

Dom – Soy prudente, nada más...

Pat – Pues entonces voy a hablar yo.

Dom – Como quiera.

Pat – He dicho que no recordaba nada, pero... no es del todo cierto.

Dom – ¿De verdad?

Pat – Me acuerdo de algo.

Dom – Soy todo oídos... (*Señala al público.*) Todos somos todo oídos...

Pat – Recuerdo a la pareja que estaba sentada a nuestro lado en el tren.

Dom – Ah, ¿sí...?

Pat – El hombre empezó a contarle una historia a la mujer.

Dom – ¿Una historia?

Pat – Una historia de locos.

Dom – Me gustaría oírla.

Pat – Un loco encuentra un espejo. Lo mira, ve su cara y exclama: «La cara de este gilipollas me suena...». Otro loco coge el espejo, se mira y contesta: «¡Claro, ese gilipollas soy yo!».

Dom – ¿Y eso le parece una historia de locos?

Pat – En cualquier caso, solo un loco puede contar una historia tan disparatada. Es lo que siempre nos han enseñado, ¿no?

Dom – Sí...

Pat – Y usted ya conocía esa historia antes de que se la contara...

Dom – Puede.

Pat – La oyó conmigo en el vagón.

Dom – Admitámoslo. ¿Y qué?

Pat – A la mujer se le puso la cara... como si hiciera muecas. Empezó a sufrir espasmos de la cabeza a los pies. Abrió la boca y emitió una especie de grito entrecortado.

Dom – ¿Un grito? ¿Qué clase de grito?

Pat – ¡Ja, ja, ja!

Dom – ¿Ja, ja, ja?

Pat – ¡Ja, ja, ja!

Se echa a reír de forma histérica.

Dom – Más bajo, se lo ruego... ¿Y después?

Pat – No parecía sufrir. Él la miró y empezó a tener los mismos síntomas.

Dom – Entonces sí que es contagioso. ¿Y luego?

Pat – Llegaron unos policías y se llevaron a los dos.

Dom – Ya veo...

Pat – Claro que lo ve. Usted estaba allí, como yo.

Dom – No lo recuerdo...

Pat – No soy una espía. Puede confiar en mí.

Una pausa. Él la lleva al fondo del escenario, lejos del público.

Dom – Se llama risa.

Pat – ¿Perdón?

Dom – Esa enfermedad contagiosa cuyos síntomas acaba de describir. Se llama risa.

Pat – ¿Risa? ¿Qué es eso?

Dom – Una enfermedad que las autoridades sanitarias habían conseguido erradicar. Bueno, no del todo, por lo que se ve.

Pat – ¿Pero en qué consistía esa enfermedad?

Dom – Una afección antiquísima. Tan antigua como la humanidad. Los síntomas eran relativamente benignos, pero provocaban comportamientos desordenados. Desviados, como dicen ellos...

Pat – Pero yo acabo de contarle el mismo chiste y usted no se ha reído.

Dom – La segunda vez siempre hace menos gracia. Además, hemos perdido la costumbre de reírnos. Ya no sabemos qué es gracioso.

Pat – ¿Gracioso?

Dom – Gracioso. O cómico. Lo que provoca la risa. Ya no sabemos reír.

Pat – ¿Y usted? ¿Alguna vez... se ríe?

Dom – ¿A escondidas, quiere decir? Porque, si no... Ya ha visto lo que les hacen a los que pillan riéndose.

Pat – ¿Y bien?

Él se acerca a ella y le habla en voz baja.

Dom – Formo parte de un grupo.

Pat – ¿Un grupo terrorista?

Dom – Sí, si quiere llamarlo así. Nos reunimos en secreto. Nos contamos chistes y nos reímos. Bueno, lo intentamos...

Pat – ¿Historias de locos?

Dom – ¿Hay que estar loco para burlarse de las autoridades? O incluso del Guía Supremo...

Pat – Pero criticar a las autoridades está prohibido, ¿no? Y faltarle el respeto al Guía Supremo es una blasfemia.

Dom – Antes estaba permitido blasfemar.

Pat – ¿Cómo sabe todo eso?

Dom – Hemos encontrado libros.

Pat – ¿Libros?

Dom – Y periódicos también.

Pat – ¿Qué son?

Dom – Como unas tabletas, pero con los caracteres impresos con tinta negra sobre papel.

Pat – ¿Como en los envoltorios?

Dom – Y como no se distribuyen por ninguna red, es imposible controlarlos.

Pat – Y, por supuesto, están prohibidos.

Dom – Hubo un tiempo en que no lo estaban... Eran otros tiempos.

Pat – No me acuerdo.

Dom – Una época que todo el mundo ha olvidado. Las autoridades se han encargado de eso. Quemando todos los libros, entre otras cosas.

Pat – La risa...

Dom – Dicen que era lo que nos hacía humanos. Lo que nos diferenciaba de los animales sociales, como las abejas, las hormigas o las termitas...

Pat – Nos queda la inteligencia.

Dom – ¿Pero por cuánto tiempo...? Los profesores se han convertido en formadores. Los políticos, en reformadores. Los informáticos se han convertido en «ordenadores» de personas y ya casi son ordenadores de verdad...

Max regresa. Ellos interrumpen la conversación y adoptan una actitud despreocupada.

Pat – ¿Ha comido bien?

Dom – ¿Estaba rico?

Max – Excelente.

Pat – ¿Qué había hoy?

Max – Pizza.

Dom – ¿Otra vez?

Pat – ¿Cuánto tiempo van a tenernos aquí encerrados, comiendo pizza?

Max – A mí me gustan las pizzas.

Dom – ¿Y si nos escapáramos?

Max – ¿Escaparnos? Pero eso está prohibido, ¿no?

Dom – Claro... Era una broma.

Max – Desde luego que está prohibido. Además, podríamos contagiar a los de fuera.

Dom – Al público, por ejemplo. Ahora no parecen muy propensos a reírse, pero...

Max – Y, de todas formas, no tardarían en encontrarlos...

Dom – Bueno... Entonces, ¿qué hacemos?

Pat – ¿Queda pizza?

Max – Hay montones en el congelador. Solo hay que meterlas en el microondas.

Dom – Voy con usted.

Dom y Pat salen. Vuelve Kim.

Kim – Bueno, ¿ha conseguido sacarles alguna información?

Max – Ninguna... Empiezo a preguntarme si sirvo para informador...

Kim – Yo también me lo pregunto... Bueno... ¿Pero tendrá alguna opinión?

Max – ¿Alguna qué?

Kim – ¿Qué piensa usted?

Max – Nada. Usted siempre me ha dicho que pienso demasiado, jefa. Y que eso puede ser peligroso...

Kim – En cualquier caso, ya tenemos un expediente sobre ellos.

Max – ¿Y sobre mí? ¿También tiene un expediente?

Kim – ¡Por supuesto! Lo redactó usted mismo, después de denunciarse a la policía para cobrar la recompensa. ¿No se acuerda?

Max – Sí, sí... Me costó diez años de internamiento, para llevarme de nuevo al buen camino, como dice usted.

Kim – Si todo el mundo fuera como usted, tendríamos muchos menos problemas. Créame.

Max – ¿Está segura de que esa gente es peligrosa, jefa?

Kim – ¿Todavía lo duda?

Max – No, claro que no...

Kim – Como es incapaz de sacarles la menor información, redactará otro informe sobre usted mismo. Una lista de todos sus pensamientos desviados. Lo quiero mañana por la mañana en mi despacho.

Max – Sí, jefa.

Max mira alrededor, también hacia el público.

Kim – ¿En qué está pensando ahora?

Max – En nada, se lo aseguro.

Kim – ¡Ya veo que está pensando en algo! ¿En qué?

Max – Me preguntaba... ¿Qué es este lugar?

Kim – Un teatro abandonado.

Max – ¿Un teatro?

Kim – Un lugar donde antes la gente se reunía para reír junta.

Max – ¿Para reír?

Kim – En aquella época era legal. Uno podía burlarse de cualquier cosa. Incluso de las autoridades.

Max – ¿Incluso del Guía Supremo?

Kim – Incluso de uno mismo.

Max – Menos mal que esos tiempos quedaron definitivamente atrás.

Kim – Sí... No me diga que sigue pensando en algo...

Max – Voy a redactar mi informe.

Max sale. Kim se acerca al público.

Kim – ¿Y ustedes, qué tal? ¿Ningún síntoma preocupante? ¿Ningún ataque de risa inoportuno? Bueno, si se portan bien, dentro de un rato los dejaremos salir...

Kim sale. Regresan Dom y Pat.

Dom – ¿Cree que era ella?

Pat – ¿Quién?

Dom – ¡Sam! ¿Cree que es una espía?

Pat – ¿Entonces ya no piensa que pueda ser yo?

Dom – No.

Una pausa.

Pat – Se acuerda perfectamente de aquella pareja.

Dom – ¿Qué pareja?

Pat – El hombre que le cuenta una historia a una mujer y los dos se ríen.

Dom – ¿Y por qué cree que me acuerdo?

Pat – Porque aquella pareja éramos nosotros.

Dom – Sí, puede ser. *(Pausa)* ¿Nunca se había reído antes?

Pat – No. No sabía qué me estaba pasando. Era como si... hubiera perdido el control... Me daba un poco de vergüenza.

Dom – La entiendo. La primera vez siempre pasa eso.

Pat – ¿Y usted? ¿Se había reído antes con otras mujeres?

Dom – Sí. Con otras mujeres. Y con otros hombres. A veces varios a la vez.

Pat – ¿Varios a la vez...?

Dom – ¿Y le gustó?

Pat – Yo... No sé...

Dom – Le gustó.

Pat – Sí...

Dom – Ya verá, luego uno no puede pasar sin ello.

Pat – Precisamente eso es lo que me da miedo. Y por eso nos han encerrado aquí, ¿no?

Dom – Sí... Los otros dos, los que teníamos enfrente, debían de ser policías.

Pat – Fueron ellos los que nos trajeron aquí. Llevaban mascarillas, pero reconocí sus voces.

Dom – Así que usted lo sabía.

Pat – Sí. Pero ¿por qué les preocupa tanto que dos personas se rían?

Dom – Saben que la risa tiene un efecto devastador.

Pat – ¿Devastador? ¿Quiere decir que es peligrosa para la salud?

Dom – Para la salud, no. Más bien todo lo contrario. Para quienes es peligrosa la risa es para ellos.

Pat – ¿Y por qué?

Dom – Cuando uno empieza a reírse de todo, se vuelve menos ingenuo y por tanto mucho menos dócil. La risa es subversiva...

Pat – ¿Y qué van a hacer con nosotros?

Dom – No lo sé. Les damos miedo.

Pat – ¿Miedo?

Dom – Temen que esa risa sea contagiosa. Y que la epidemia acabe arrasando todo el sistema. Y a ellos con él...

Pat – ¿Cree que podrían matarnos?

Dom – Seguro que ya lo han pensado. Pero no pueden matar a todo el mundo...

Pat – ¿Entonces qué hacemos?

Dom – ¿Quiere que le cuente otro?

Pat – ¿Otro chiste?

Dom – Si vamos a morir, al menos que sea de risa...

Pat – Le advierto que estoy casada.

Dom – Tranquila. Reírse no es exactamente poner los cuernos.

Pat – Lo escucho...

Dom – Pues esto es uno que...

Pat – No nos quedemos aquí. Creo que nos escuchan...

Dom – Tiene razón... Mejor vayamos a mi habitación...

Salen. Vuelven Kim y Max.

Max – Aquí tiene, jefa, mi informe.

Kim – No es muy largo... ¿Está seguro de que no se ha olvidado de nada?

Max – Completamente seguro, jefa.

Kim – ¿Dónde se habrán metido? Espero que no se hayan escapado...

Max – Deben de estar en sus habitaciones.

Se oyen las carcajadas de Dom y Pat fuera de escena.

Kim – Ahora ya no nos cabe ninguna duda.

Max – Sí... Han contraído el virus de verdad.

Los oyen reír de nuevo. Ambos se sienten incómodos y, a la vez, algo turbados.

Kim – ¿Usted se ha reído alguna vez?

Max – No. ¿Y usted?

Kim – Parece doloroso, ¿no?

Max – No sé. Ya le he dicho que nunca me he reído. ¿Intenta ponerme a prueba otra vez?

Nuevas carcajadas fuera de escena.

Kim – Esta vez no tenemos elección. Hay que informar a la Autoridad...

Oscuro.

Acto 3

Kim está de pie, todavía con su traje de cuello Mao. Dom, Pat y Max están sentados. Dom y Pat siguen llevando sus batas de paciente azules, rosas o verdes, pero ahora Max lleva una bata blanca de enfermero.

Kim – Queridos amigos, ante todo gracias por haber aceptado nuestra invitación.

Pat – Es que tampoco teníamos muchas opciones...

Dom – ¡Estamos prisioneros!

Kim carraspea y continúa como si nada.

Kim – Pues bien, los he reunido para una terapia de grupo.

Pat – Querrá decir un interrogatorio...

Kim – Sabemos que dos de ustedes han sufrido un ataque de risa desde que llegaron. Eso demuestra que uno de los dos ya estaba contagiado antes de entrar en cuarentena y que el otro contrajo el virus al estar en contacto con él.

Dom – Si ya lo saben, ¿para qué esta pantomima de investigación?

Kim – Esperamos que los culpables se denuncien a sí mismos. Es parte de la terapia...

Max – ¿Reírnos nosotros? ¡Pero si ni siquiera sabemos lo que significa! ¿Verdad, amigos?

Pat – Ya vale, déjelo... Hemos comprendido que es un espía.

Max – Pero les aseguro que...

Dom – Y un espía malísimo, además.

Max – Bueno, de acuerdo, quizá sea un infiltrado, pero no soy un espía. Los espías están en el bando equivocado. Nosotros estamos en el bueno, ¿verdad, jefa?

Kim – Este señor no es un espía. Es un informador.

Dom – ¿Y usted qué es exactamente?

Kim – Soy su reformadora.

Dom – ¿Una reformadora?

Kim – Estoy aquí para reformatearlos.

Dom – Ese no es el significado original de la palabra «reformador».

Kim – ¡Búsquelo en el diccionario y verá!

Dom – ¡Pero si ustedes han reescrito el diccionario entero! Yo he encontrado una enciclopedia antigua y sé lo que significaban todas esas palabras antes.

Kim – Ahora le corresponde a la Autoridad definir el significado de cada palabra, atendiendo únicamente al bien de la Nación.

Dom – ¡Lo han reescrito todo, hasta la Biblia! ¡Han sustituido a Dios por el Guía Supremo! ¡Y han quemado todos los libros para borrar cualquier huella del pasado!

Kim – Al parecer no todos, puesto que usted parece haber leído alguno.

Dom – Todo lo que podemos leer hoy está en una pantalla, a través de una red que controlan por completo.

Pat – O sea, que quieren reformatearnos... Borrar el disco duro y reinstalar el sistema operativo, ¿eso es?

Dom – Y seguramente instalar también un antivirus...

Kim – La risa es muy adictiva. Cuando uno se ha reído una vez, siempre siente la tentación de repetir.

Pat – ¿Así que para usted la risa es una droga?

Dom – Una droga blanda, en cualquier caso.

Kim – La adicción a la risa es como la adicción al alcohol. Nunca se cura del todo. Uno puede abstenerse de reír, pero la tentación siempre seguirá ahí.

Max – Alcohólico una vez, alcohólico siempre.

Kim – Usted sabe de lo que habla. Lo mandaron diez años a un centro de desintoxicación. Bebía alcohol a escondidas. Y fue usted mismo quien se denunció a la policía.

Max – Ahora ya no bebo.

Dom – Pero hay que ver cómo come...

Max – Entonces esta terapia es como una reunión de Alcohólicos Anónimos, ¿no?

Kim – Eso es... Una reunión de Reidores Anónimos.

Pat – Cuyo objetivo es desenmascarar a los que se ríen a escondidas.

Kim – Exactamente.

Dom – ¿Y cómo va a conseguirlo?

Kim – Les voy a contar una historia. Una historia graciosa, según dicen. Ya veremos quién se echa a reír.

Pat – Ya veo. Una prueba de detección, en resumidas cuentas.

Dom – Es curioso, pero cuente lo que cuente, dudo mucho que consiga hacer reír a nadie.

Kim – ¿Y por qué?

Dom – Porque para reírse hay que estar entre gente que consienta y con la que se esté a gusto.

Pat – Aquí lo que nos está diciendo, en pocas palabras, es que el primero que se ría terminará en un campo de reeducación.

Dom – O peor aún, ejecutado.

Kim – ¿Cómo lo han adivinado?

Pat – Ya me muero de risa...

Kim – Bueno, de todas maneras, voy a contarles mi historia.

Max – La escuchamos, jefa.

Kim – Un loco encuentra un espejo. Lo mira, ve su cara y exclama: «La cara de este idiota me suena». Otro loco coge el espejo, se mira y contesta: «Pues claro, soy yo».

Max – Es una estupidez.

Kim – Precisamente por eso hace gracia, ¿no? Eso creo, al menos.

Dom – Bueno, también depende de cómo se cuente.

Pat – Y, sobre todo, de quién la cuente.

Kim – ¿Usted cree?

Pat – Saber que van a ejecutarte si te ríes no ayuda mucho.

Kim – ¿Le parece?

Pat – Pues no.

Kim – Comprendo lo que quiere decir... Pues hagamos una cosa... ¡El primero que se ría se lleva una colleja! ¿Quién quiere jugar conmigo?

Los demás guardan silencio.

Max – Yo quiero jugar con usted, jefa.

Kim – Bien... Si te ríes, pierdes...

Cada uno toma un vaso de agua, bebe un sorbo y se queda con el agua en la boca. Luego se agarran mutuamente por la barbilla. Permanecen un buen rato inmóviles, sin hablar, mirándose fijamente a los ojos con cara muy seria. Los demás los observan perplejos. Poco a poco, Max empieza a sonreír, hasta que suelta una carcajada y escupe en la cara de Kim el agua que tenía en la boca. Como la risa es contagiosa, los demás también se echan a reír.

Kim – Así que todos están contagiados...

Dom – ¡Ya es uno de los nuestros, se ríe como nosotros...!

Kim (a Max) – Bueno, pues ahora usted sí que está en cuarentena.

Max intenta ponerse serio.

Max – A sus órdenes, jefa.

Pero Max no puede evitar seguir riéndose.

Kim – ¿Le parece gracioso?

Max – ¡Qué va! Bueno, sí, pero...

Dom – Ya ve que usted también puede hacer gracia cuando quiere. Bueno, más bien cuando no quiere...

Todos siguen riendo de forma algo histérica. Kim parece muy incómoda y casi asustada por las carcajadas.

Kim – ¡Les ordeno que dejen de reírse!

Pero los demás, presa de la risa, no pueden parar. Kim se tapa los oídos y sale precipitadamente. Dom, Pat y Max van dejando de reír poco a poco.

Dom – Bueno, ¿qué se siente?

Max – ¿Al reírse? No sé... Creía que dolería. En realidad, es bastante agradable.

Pat – Muy agradable...

Max – Desde luego, se queda uno a gusto.

Dom – Y pensar que antes se podía reír en público...

Pat – ¿Cómo hemos llegado hasta aquí?

Dom – Todo empezó hace muchísimo tiempo, pero fue avanzando poco a poco. Primero prohibieron reírse de ciertas cosas. De la religión, para empezar...

Max – Y de las autoridades, por supuesto.

Dom – Después convirtieron al Guía Supremo en un nuevo Dios, y cualquier crítica pasó a ser una blasfemia.

Max – También prohibieron el alcohol, porque cuando uno está borracho suele reírse con más facilidad.

Dom – La Autoridad había elaborado una lista de temas sobre los que todavía se permitía hacer bromas. Con los años, la lista se fue acortando.

Max – Al final decidieron que lo más sencillo era prohibir la risa.

Dom – Y así fue como, poco a poco, de no poder reírnos de todo pasamos a no poder reírnos de nada...

Max – Al final, ni siquiera podíamos reírnos de nosotros mismos...

Dom – Ni siquiera los pobres podían reírse de sus propias desgracias.

Pat – ¿Y cómo consiguieron que se respetara la prohibición?

Dom – Las autoridades empezaron a tratar la risa como una enfermedad mental. A cualquiera que pillaban riéndose lo internaban inmediatamente.

Max – Y, claro, eliminaron todo lo que pudiera provocar ganas de reír.

Dom – Prohibición de periódicos, cierre de teatros, autocensura generalizada...

Max – Los payasos, los humoristas y los actores eran considerados terroristas peligrosos.

Dom – La risa se trataba como la lepra en otros tiempos. A algunas personas las emparedaron vivas en sus casas porque las habían oído reír.

Max – También obligaron a toda la población a llevar mascarilla.

Dom – Con el pretexto de protegernos de un virus. En realidad, lo que querían era que no pudiera verse ni la menor sonrisa en ninguna cara. Aquellas mascarillas se habían convertido en bozales.

Max – Como ocurría en algunas religiones antiguamente.

Dom – Antes de que la Autoridad se convirtiera en la única religión.

Max – Poco a poco, dejó de oírse reír a nadie.

Dom – Al prohibir la risa, por supuesto, también prohibían criticar y protestar.

Max – Se acabaron los conflictos sociales, los debates políticos y, por tanto, las elecciones.

Dom – Como ya ocurría en muchas dictaduras, tanto laicas como religiosas.

Max – La Autoridad creía haber erradicado definitivamente ese mal. Pero últimamente han reaparecido algunos casos aislados. Como ustedes.

Pat – ¿Y qué van a hacer con nosotros? ¿Matarnos?

Max – Antes de eliminarlos, puesto que los consideran reidores incorregibles y, por tanto, incurables, querían utilizarlos para hacer experimentos.

Pat – ¿Experimentos?

Max – Estudiar la reacción del público al entrar en contacto con ustedes, observar cómo se propaga el mal y ver los estragos que puede causar la risa en una población sana.

Pat observa al público.

Pat – ¿Entonces se suponía que teníamos que hacerlos reír?

Dom – Apenas sabemos un puñado de chistes malos...

Pat – Tendremos que aprender de nuevo a reír y a hacer reír.

Una pausa.

Max – Pero ¿qué pasará si el Guía Supremo nos abandona?

Dom – No será el fin del mundo. Más bien un nuevo comienzo. Los formadores volverán a ser profesores. Y los reformadores, políticos...

Max – ¿Y los informadores como yo? ¡No sé hacer nada! ¿Qué va a ser de mí?

Dom – Si no sabe hacer nada, siempre puede hacerse actor.

Oscuro.

Acto 4

Pat va de un lado a otro, preocupada. Se acerca al público.

Pat – No se preocupen, pronto los dejarán salir también a ustedes. Al menos, eso espero...

Entra Dom.

Dom – Bueno, ¿alguna novedad?

Pat – Ninguna. Me ha parecido oír cierto alboroto fuera, pero el sonido llega muy amortiguado.

Dom – Los teatros siempre están muy bien insonorizados.

Pat – ¿Dónde se ha metido el espía?

Dom – Está acabándose las pizzas...

Pat – Seguimos encerrados aquí, aislados del mundo. Llevamos días sin noticias del exterior.

Dom – Cuando se acabe todo lo del congelador, moriremos de hambre. Nosotros, que creíamos que íbamos a morir de risa...

Pat – ¿Cree que saldremos vivos de aquí?

Dom – ¿Acaso no estábamos ya muertos antes de que nos pusieran en cuarentena...?

Pat – Tiene razón. La única enfermedad que padecemos desde hace mucho tiempo es el pesimismo crónico.

Dom – Y la risa sería más bien su antídoto.

Vuelve Max.

Max – Oigo ruidos raros fuera... ¿Ustedes no?

Dom – No...

Los tres aguzan el oído.

Pat – Ah, sí, quizá... Vienen de muy lejos...

Dom – Parecen... explosiones, ¿no?

Max – ¿Explosiones? Explosiones de risa, en todo caso.

Kim vuelve desencajada y con la ropa desordenada. Lleva un cartel de prohibido reír: una cara que se parte de risa, dibujada como un emoticono sobre un papel, dentro de un círculo rojo y tachada por una línea diagonal.

Max – No tiene buena cara, jefa. ¿Qué le pasa?

Kim – La situación ha cambiado...

Max – Y por lo visto, no para bien.

Kim – Depende de para quién.

Max – ¿Se está extendiendo la epidemia?

Kim – Por desgracia, se ha convertido en una pandemia planetaria. Un ataque de risa completamente fuera de control. Un ataque de risa generalizado. Nos llegan noticias de explosiones de risa por toda la ciudad.

Max – ¿Tan grave es?

Kim – Estallan carcajadas en todas las esquinas. La policía está totalmente desbordada. Peor aún: muchos policías ya han muerto de risa... ¡Se ríen a mandíbula batiente! ¡Se parten de risa! ¡Se tronchan de risa! ¡Se desternillan! ¡Se mueren de risa! ¡Ríen como locos! ¡Se doblan de risa! ¡Se tiran por el suelo de la risa! ¡Se mean de risa! ¡Lloran de risa!

Max – Ah, ¿también se puede llorar de risa?

Kim – ¿Conoce el dicho «cuantos más locos, más nos reímos»?

Max – No.

Kim – ¡Pues le aseguro que el mundo entero se ha vuelto loco!

Dom – Así que la revolución ya está en marcha...

Kim – Nuestro sistema entero se viene abajo. Las autoridades han dimitido y el Guía Supremo ha abandonado el país.

Max – ¿El Guía Supremo? ¿Y adónde ha ido?

Kim – Ha pedido asilo político en el Vaticano. Por lo menos allí no corre el riesgo de morir de risa.

Pat – ¿Y qué van a hacer con nosotros?

Kim – Ya no sirve de nada mantenerlos en cuarentena. Son libres.

Dom – Por fin... Estoy deseando verlo. Gente riéndose en plena calle, en el transporte público y, quién sabe, quizá mañana hasta en los cines y los teatros.

Kim – Pues a mí no me hace ninguna gracia.

Pat – ¡Venga! ¡Venga a partirse de risa con nosotros!

Dom – ¿Conoce este chiste? Era una vez un loco que quería prohibir la risa en el mundo entero...

Max – Y al final es él el que se muere de risa.

Los demás estallan en carcajadas. Kim empieza a sufrir un ataque de risa nerviosa que pronto se convierte en convulsiones, hasta que cae desplomada. Pat se inclina sobre ella.

Pat – ¡Está muerta! ¿De verdad se puede morir de risa?

Max – Es un fenómeno que se ha observado recientemente. Los responsables de la Autoridad caen fulminados cuando se ven expuestos a un estruendo de carcajadas.

Dom – Por eso querían detener la epidemia a toda costa.

Pat (*a Max*) – Pero usted no se ha muerto.

Max – Seguramente porque yo ya había dejado de creer en todo aquello...

Dom – Estaba vacunado, por así decirlo. ¡Como nosotros!

Pat – ¿Entonces somos libres?

Dom – ¡Libres de volver a reírnos de todo!

Pat – Y pensar que creíamos que estábamos aquí por la gripe aviar o el tsingtaovirus.

Max – ¿Y qué vamos a hacer ahora?

Dom – Aprenderemos otra vez a reír. Aprenderemos otra vez a vivir.

Pat – A mí me da un poco de miedo...

Dom – Es normal. Al principio, los esclavos liberados no saben qué hacer con su libertad.

Max – ¿Yo podría volver a beber?

Pat – ¡Claro! Pero quizá ya ni siquiera lo necesite.

Max – ¡Qué maravilla! Aunque es verdad que da vértigo.

Dom – Sí... Somos las palomas de un mago muerto.

Max – ¿Qué quiere decir?

Dom – Nacimos de un truco de magia. Pero el mago que nos hizo surgir de la nada ya no está. Ignoramos todo acerca de la ilusión que nos hizo nacer y ya no sabemos muy bien qué hacer con nuestras alas...

Pat – Qué bonito lo que dice.

Dom – Es poesía.

Pat – ¿Poesía?

Dom – Otra cosa que habían prohibido.

Pat – ¿Hay más cosas así?

Dom – ¡Muchísimas! El orgasmo, por ejemplo. ¿Tampoco sabe lo que es?

Pat – Ya se lo he dicho, estoy casada...

Dom – Luego se lo enseñaré en privado... Ya verá. El orgasmo es al amor lo que la risa a la inteligencia, o lo que el estornudo al resfriado. No cura, pero alivia al instante.

Kim recobra el conocimiento.

Pat – Vaya, parece que al final no estaba del todo muerta.

Max – Ella tampoco debía de creer ya demasiado en aquello.

Kim – ¿Qué me ha pasado?

Pat – Ha sufrido un ataque de risa. No se preocupe, ahora se le pasará.

Max – ¿Y el público? Nos habíamos olvidado de él.

Dom – Ahora que podemos volver a hacerlo reír sin que nos castiguen...

Max – ¿Tenemos permiso, jefa?

Kim – Después de todo, estamos en un teatro.

Dom – Habrá que inventar chistes nuevos, entonces.

Kim – Sí, porque el de los locos que se miran en un espejo todavía no lo he entendido...

Dom – En realidad es una historia simbólica.

Kim – ¿Simbólica? ¿Y eso qué es ahora?

Dom – El humor es un espejo. El espejo que los actores colocan delante del público para que pueda reírse de sus propios defectos.

Pat – Y todos podemos reconocernos en ese espejo.

Dom – Todos. Salvo los locos, que prefieren romper el espejo para no ver la mueca que les devuelve.

Max – ¡Pues riámonos!

Dom – Es nuestra libertad. Y, como decía un humorista del siglo pasado: «La libertad solo se desgasta cuando no se utiliza».

Pat – Riámonos juntos, pero riámonos de todo...

Max – Porque si hoy ya no podemos reírnos de todo, mañana no podremos reírnos de nada.

Max agarra la señal de prohibido reír y se la encasqueta a Kim en la cabeza. Todos estallan en una sonora carcajada, que puede amplificarse con risas grabadas.

Oscuro.

Fin

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

<https://jeanpierremartinez.net/>

<https://comediatheque.net/>

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el [formulario de contacto disponible en sus sitios web](#).

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

<https://jeanpierremartinezmusic.com/>

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer...

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad...
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El peor pueblo de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente desde sus sitios web:

<https://jeanpierremartinez.net/>

<https://comediatheque.net/>

*Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.*

Aviñón - Diciembre 2020

ISBN 978-2-37705-500-5

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.